

EL VALLE DE LA CREACIÓN

EDMOND HAMILTON



Eric Nelson, miembro de una desesperada banda de mercenarios que ha luchado en el lado perdedor de una guerra, está más que dispuesto a aceptar una misteriosa misión en un valle perdido en el corazón del Tíbet.

Allí, Shan Kar, el hombre que les ha contratado, les dice que van a luchar en defensa de la humanidad contra los animales inteligentes del valle, que se proponen apoderarse del mundo.

Pero cuando Nelson se encuentre literalmente en la piel de un lobo, descubrirá que las cosas no son exactamente como se las han contado.

Publicada por primera vez en castellano, *El Valle de la Creación* es un magnífico relato de aventuras y un elogio del querer vivir con las demás criaturas.

Nota del traductor

La novela *El Valle de la Creación* fue publicada por primera vez en el número de julio de 1948 de la revista *Startling-Stories*, en inglés y bajo su título original de *The Valley of Creation*. Su autor la ambientó en China, en una época incierta comprendida entre 1931, cuando los nacionalistas del Guomindang (Kuo-Min-Tang), bajo el mando del general o mariscal Jiang Jieshi (Chiang Kaishek), trasladaron la capital a Nanjing (Nanking), y 1948, año de su publicación.

En 1964, cuando la editorial Ace Books decidió reeditarla, la situación política de China era muy diferente y Edmond Hamilton se vio obligado (posiblemente por imposiciones editoriales y quién sabe si políticas) a poner su texto al día, para lo que hubo de cambiar en sus primeros capítulos algo menos de doscientas palabras. De tal suerte, en vez de mencionar a las fuerzas de Nanjing, se refirió al Ejército Rojo, pues Mao Zedong (Mao tse Tung) había tomado dicha ciudad en 1949 para imponer un gobierno comunista. Análogamente suprimió todas las referencias a la posibilidad de que los mercenarios occidentales que aparecen en la novela pudieran dirigirse al Tíbet, ya que éste había sido conquistado por el Ejército Rojo en 1950. Y para explicar los antecedentes de Eric Nelson, el principal protagonista de *El Valle de la Creación*, de quien en la versión original sólo se decía que era un soldado de fortuna, le hizo

participar en la Guerra de Corea (1950-1953) y quedarse después en China.

Siendo conscientes de que el lector disfrutará comparando los cambios existentes entre la versión original de la novela y su reescritura, hemos traducido el texto de la primera (respetando la grafía original de los topónimos y antropónimos presentes en ella) y relegado a las correspondientes notas las variantes que la diferencian de la segunda.

CAPÍTULO 1

El extraño sueño

Mientras Eric Nelson, inmerso en el sueño producido por la bebida, descansaba en la escuálida taberna de aquel pueblo situado en la frontera china, le pareció que una voz desconocida hablaba dentro de su mente.

¿Puedo matar ya, hermanita?

La voz no sonaba físicamente, pues era como un pensamiento. Su cerebro no la percibía por mediación del oído, sino directamente.

Y no era humana. Su vibración poseía una cualidad tan extraña que la mente de Nelson, incluso estando adormilada, la sintió con un sobresalto.

¡No, Tark! ¡Tu misión es vigilar, no matar! ¡Por ahora!

La voz que acababa de contestar a la primera le pareció bastante humana. Pero, aun careciendo de la extraña y siniestra cualidad de aquélla, era fría, empastada con tonos de plata, implacable.

Sabía que estaba soñando. Sabía que estaba echado allí, en el pueblo fronterizo de Yen Shi, tremendamente castigado por la guerra; que se había excedido bebiendo, para olvidar el funesto destino al que él y sus compañeros habrían de enfrentarse, y que la fatiga y el excesivo licor ingerido eran los responsables de lo que le estaba sucediendo.

Aun así, aquel diálogo apresurado e imprevisto de voces que sólo podía escuchar con la mente era tan real que le puso la carne de gallina. De nuevo sus nervios se estre-

mecían ante la cualidad extraña e inhumana de la primera voz:

¡Todos deberían morir ahora mismo, hermanita! ¡Porque él está a punto de llegar a donde se encuentran, para contratarlos y que luchen contra nosotros! ¡Me lo ha dicho Ei!

¡No, Tark! ¡Aguarda hasta que te lo ordene...!

Eric Nelson se despertó cuando ya no pudo aguantar más la tensión nerviosa, descubriendo que se agarraba a las mantas y miraba alucinado la negrura de la habitación que lo envolvía.

Una sombra oscura salió volando por la ventana abierta y desapareció antes de que sus ojos adormilados pudieran observarla con nitidez... ¡una sombra que no era humana!

Con una exclamación que murió en su garganta, Nelson se levantó titubeante y fue hacia la ventana, sacando de la funda del cinturón su pesada pistola.

Unas grandes alas se agitaron en la noche y se alejaron rápidamente. Apuntó a ciegas con la pistola, pero todo había vuelto a estar en calma.

Eric Nelson permaneció inmóvil, aturdido, con la carne de gallina a causa del terror producido por tan singular experiencia. Su cerebro estaba ofuscado por el sueño y los efectos del excesivo licor ingerido durante la víspera.

Sus nervios en tensión se apaciguaron gradualmente. Allí fuera, en la noche, no había nada... nada, excepto las escasas luces parpadeantes de las miserables chozas de adobe del pueblo, acuclilladas bajo las silenciosas estrellas, muy cerca de la negra muralla formada por las grandes montañas que dominaban el camino que conducía al Tíbet.

Estaba llegando la aurora. Nelson enfundó su arma y se pasó las manos por un rostro sin afeitar. Unos latidos de dolor nacieron en sus globos oculares cuando se apartó de la ventana.

—He bebido demasiado —murmuró para sí—. No es extraño que oiga... y vea... cosas.

Hizo un esfuerzo para dejar atrás la sensación extraña que le acababa de producir aquella experiencia, para olvidarla. Pero no lo consiguió.

Aquella sensación tan irreal no sólo se debía a esas voces, pues el cerebro suele escuchar cosas raras en sueños, sino, también, a la cualidad extraña y ronca de la primera voz que había hablado, la cual aún le hacía estremecerse.

Nelson encendió una lamparilla de aceite hecha de cerámica. Su luz parpadeante y la claridad creciente de la aurora le mostraron que en aquella habitación desangelada y diminuta no había nada fuera de lo usual. Se puso la guerrera del uniforme y abrió la puerta que daba a las demás dependencias de la posada, desierta a aquellas horas, encontrándose con tres de sus cuatro compañeros.

Dos de ellos, Piet van Voss, el holandés grandullón, y Lefty Wister, el londinense flacucho, roncaban ruidosamente en sus camastros.

El tercero, Nick Sloan, se afeitaba delante de un pequeño espejo de acero, su pesado corpachón balanceándose sobre sus fuertes piernas, su rostro inexpresivo y moreno mirando fríamente por encima del hombro a Nelson.

—He oído cómo gritabas dentro de tu habitación —dijo Sloan—. ¿Algún mal sueño?

Eric Nelson dudó antes de responder.

—No lo sé. Había algo dentro. Una sombra...

—No me sorprende —dijo Sloan, arrastrando las palabras con poca delicadeza—. Anoche tenías una cogorza bestial.

Con cierta amargura, Nelson fue consciente de que su apariencia desaliñada y su cabellera, rubia y despeinada, contrastaban con la competente pulcritud de Sloan.

—Sí, anoche me emborraché —repuso Nelson con cierta rudeza—. Y esta noche volveré a emborracharme, y mañana también.

Una voz llena de paciencia susurró desde la puerta:

—Mañana no, capitán Nelson. Mañana no.

Nelson se volvió. Li Kin se encontraba en el umbral. Su apariencia era absurda, con su cuerpo menudo y esquelético enfundado en un uniforme de mayor que le estaba demasiado grande. Su rostro gentil, de rasgos agradables, mostraba cansancio, y sus negros ojos delataban tristeza al otro lado de los gruesos cristales de sus gafas.

—Una columna del gobierno^[1], procedente de Nun Yan, se dirige hacia aquí —explicó—. Llegará mañana por la tarde.

Nick Sloan apenas entornó sus ojos pardos.

—Eso se llama actuar de prisa. Pero es algo con lo que ya habíamos contado.

Sí, pensó Eric Nelson con un asomo de agobio. Era lo que todos esperaban.

Los cinco habían sido oficiales del Estado Mayor de Yu Chi Chan, el gordo señor de la guerra que había gobernado ilegalmente aquella provincia remota situada al sudoeste, en la frontera con el Tíbet^[2].

Excepto Li Kin, todos eran, lisa y llanamente, mercenarios que habían estado al servicio de muchos señores de la guerra. Nelson llevaba diez años en China, Sloan casi tanto como él. Van Voss y el pequeño londinense eran criminales huidos de la justicia, despojos de las guerras civiles de China^[3].

Mas, en aquellos momentos, las carreras de todos ellos estaban a punto de finalizar. El rollizo Yu Chi Chan había invadido el territorio de un señor de la guerra rival. En Yen Shi había tenido lugar el ataque y la batalla, una batalla saldada con la muerte de ambos señores de la guerra y con sus respectivos ejércitos hechos trizas y dispersados. Entonces Nanking, ansiosa por recuperar la autoridad en aquella provincia sudoccidental, había enviado tropas a Yen Shi. De tal suerte, los cinco apenas podían esperar nada que no fuera su fusilamiento sumario como rebeldes^[4].

—Habrà que salir de aquì antes de mañana por la mañana, si no queremos que nos liquiden —dijo Nick Sloan con cierta brusquedad.

Lefty Wister, que se había despertado, acababa de juntarse al grupo y sujetaba sin fuerza un cigarrillo entre sus delgados labios. Van Voss se desperezaba ruidosamente, rascándose la enorme panza mientras escuchaba lo que decían.

—¿Hay algùn sitio a donde poder ir sin tener que toparnos todo el tiempo con el maldito ejército de Nanking^[5]? —preguntó lastimeramente el pequeño londinense.

Nelson se encogió de hombros.

—Si vamos al norte, al este y al sur, caeremos en sus manos. Si fuéramos al oeste, sólo tendríamos que preocuparnos por las montañas de Kunlun, pero, sin un guía, avanzaríamos en círculo hasta que las gentes de alguna tribu acabaran con nosotros.

Li Kin levantó la cabeza con aire cansado.

—Por cierto, la pasada noche vino a verme un individuo de una de esas tribus de las montañas. Me dijo que quería contratarnos para que lucháramos por los suyos.

Van Voss refunfunó.

—Será uno de esos *verdommte*^[6] jefes tibetanos^[7] que quiere unas cuantas ametralladoras para aplastar a sus vecinos.

Sloan estuvo pensando durante unos instantes y luego dijo:

—Creo que podría ser una solución. Sabiendo a donde ir, estaríamos a salvo en esas montañas. ¿Dónde está ese individuo?

—Supongo que seguirá fuera, esperando a que nos decidamos —dijo el chino—. Le diré que entre —y se dirigió con paso cansino hacia la puerta.

Cuando salió, Nelson le siguió con la mirada, pero no porque estuviera interesado en el asunto, sino porque le

apetecía contemplar un rostro nuevo, cansado de ver siempre a Sloan, a Van Voss y a Wister.

A través de la puerta abierta observó cómo Li Kin cruzaba el patio lleno de polvo y llegaba hasta una pared de adobe a punto de derrumbarse ante la que se había sentado un hombre... un hombre calvo, vestido con ropas acolchadas muy holgadas, sentado bajo la luz del sol naciente. Pero su aparente quietud no poseía la placidez de las cosas pacíficas, sino la tensión del tigre al acecho que acaba de echarse a descansar. Cuando Li Kin le dirigió la palabra, se levantó con un rápido movimiento lleno de elasticidad.

Li Kin y el extranjero regresaron a donde se encontraban los demás. En cuanto entraron en la estancia, Li Kin dijo:

—Os presento a Shan Kar.

Nelson le lanzó una mirada llena de indiferencia. Shan Kar tenía una estatura y una edad similares a las suyas, pero no se le parecía más de lo que un gato salvaje pueda parecerse a un terrier. Su cabeza calva y atezada estaba erguida y tensa mientras estudiaba a los hombres blancos.

No era un montañés primitivo. El bello rostro oliváceo y los ojos negros de aquel hombre delataban la fortaleza, la altivez, la pasión y el orgullo de un príncipe de rancio abo-lengo.

Eric Nelson se levantó.

—No eres tibetano —dijo de sopetón en aquella lengua.

—No —le replicó Shan Kan.

Su acento era fuerte, como si su lengua materna fuese alguna variante desconocida del tibetano. Señaló con el dedo al exterior de la puerta, hacia las montañas grises que el sol iluminaba a lo lejos.

—Mi gente vive por allí, en un valle llamado L'Lan. Y nosotros, los hombres y mujeres de L'Lan, tenemos... enemigos.

Mientras hablaba, sus ojos se iluminaron con un destello de emoción tan brillante como el de la hoja de una espada.

En aquel breve instante su mirada fue ardiente e intensa, la de un guerrero fanático, la de un hombre devoto a su causa.

—¡Enemigos demasiado poderosos para vencerlos con nuestras propias fuerzas! Oímos hablar de las armas de los hombres blancos, armas tan poderosas como desconocidas, y por eso me acerqué hasta aquí, en un intento de contratar a esos hombres y a sus armas para que nos ayudaran en nuestra lucha.

Entonces Nelson comprendió que Shan Kar no hablaba de una simple disputa entre tribus. Aquel hombre no practicaba el juego de la guerra para hacerse con caballos, mujeres o tierras, sino para conseguir algo más importante.

Shan Kar se encogió de hombros.

—Oí hablar del jefe guerrero Yu Chi Chan^[8] y vine hasta aquí para hacerle una oferta. Pero murió en combate antes de que pudiera hablar con él. No obstante, vosotros, que le habéis sobrevivido, sabéis manejar esas armas. Si me acompañáis hasta L'Lan para emplearlas en nuestro servicio, os pagaremos muy bien.

—¿Nos pagaréis? —el rostro de Nick Sloan acababa de mostrar un súbito interés—. ¿Con qué nos pagaréis?

A modo de respuesta, Shan Kar buscó algo entre sus ropas acolchadas y extrajo de ellas un curioso objeto que les mostró acto seguido.

—Con esto. Hemos oído que este metal es muy valioso para vosotros, la gente del mundo exterior.

Eric Nelson examinó muy sorprendido el objeto. Era un grueso aro de metal de color gris mate, un anillo de más de diez centímetros de diámetro. Tenía dos pequeños discos de cuarzo engarzados en los extremos. Pero había algo extraño en aquellos pequeños discos de cuarzo. Aunque cada uno de ellos sólo tuviera un diámetro de tres centímetros, los arabescos que formaban las espirales grabadas en ellos ofuscaban la vista hasta hacerla borrosa.

Lefty Wister se mofó con desdén.

—¡El maldito mendigo quiere pagarnos con una arandela de hierro viejo!

—No es hierro —refunfuñó Van Voss—. Pude ver este mismo metal en las minas de Sumatra. Es platino.

—¿Platino? ¡Déjame verlo! —exclamó Sloan mientras examinaba de cerca el aro de metal gris—. ¡Por los cielos, es cierto, es platino!

Sus ojos pardos se entornaron mientras observaba intensamente al silencioso extranjero que seguía mirándolos a todos.

—¿De dónde has sacado esto?

—De L'Lan —respondió Shan Kar—. Allí hay más... mucho más. Todo lo que podáis llevaros será para vosotros como pago por vuestros servicios.

Nick Sloan se volvió hacia Nelson.

—Nelson, quizá valga la pena. En todos los años que tú y yo llevamos aquí, jamás se nos había presentado una oportunidad parecida.

Los ojos del londinense brillaron de codicia. Van Voss se limitó a mirar con expresión soñadora el aro de metal.

Eric Nelson jugueteó con el objeto que tenía entre las manos y preguntó:

—¿De dónde procede exactamente? Más que un adorno, parece alguna especie de artefacto, aunque bastante extraño.

Shan Kar le contestó con una evasiva.

—Procede de una caverna de L'Lan. Y dentro de ella hay mucho más metal del mismo tipo.

—¿Una caverna de... L'Lan? —Li Kin sopesó aquellas palabras—. Creo que el nombre me resulta familiar. Me parece recordar que una antigua leyenda hablaba de...

Shan Kar le interrumpió.

—Responded, hombres blancos... ¿Vendréis conmigo?

Nelson dudó. Había demasiadas cosas en aquel asunto que requerían una explicación, pero no podían arriesgarse

a permanecer en Yen Shi. Así que finalmente dijo a Shan Kar:

—Aunque no me gusta hacer tratos a ciegas, iremos gustosos a tu valle. Si todo es como dices, lucharemos por ti... a cambio del platino.

Sloan planificó sobre la marcha.

—Podemos recoger del arsenal del viejo Yu unas cuantas ametralladoras ligeras y unos cuantos subfusiles, así como las granadas que vayamos a necesitar. Pero tardaremos bastante en conseguir para mañana por la mañana los animales que deberán llevar el armamento y las municiones — su rostro se crispó por la determinación que le embargaba —. Lo conseguiremos. Shan Kar, estaremos listos para salir a la hora indicada.

En cuanto Shan Kar se hubo marchado, Lefty Wister dejó escapar una carcajada.

—¡Maldito idiota! ¿No ha caído en la cuenta de que con las ametralladoras y las granadas podemos coger todo el platino y largarnos con él?

Nelson se volvió muy enfadado hacia el pequeño londinense intrigante.

—¡No haremos nada de eso! ¡Hemos prometido luchar por ese hombre y lo cumpliremos hasta...!

De repente enmudeció, pues en aquel momento recordó algo que le produjo sorpresa y conmoción. Acababa de recordar el extraño sueño acaecido apenas una hora antes, ¡aquel sueño en el que una voz humana y otra que no lo era habían hablado dentro de su mente!

¡Todos deberían morir ahora mismo, hermanita! ¡Porque él está a punto de llegar a donde se encuentran, para contratarlos y que luchen contra nosotros!

Así pues, ¿aquella voz tan extraña e inhumana que había oído dentro de su mente... era real? ¡Shan Kar acababa de contratarlos para luchar contra unos enemigos de los que nada sabían! ¿En qué misteriosa lucha acababan de empeñarse?

CAPÍTULO 2

Las bestias extrañas

El obsesivo recuerdo de aquella pesadilla fantástica aún atenazaba a Eric Nelson cuando, ya muy entrada la noche, se sentó con aire taciturno en la única taberna de aquel pueblo casi destruido que seguía en pie.

Se sentía tremendamente cansado por la apresurada tarea realizada durante el día, consistente en reunir las caballerías y cargar en ellas lo necesario. Y tanto por aquel cansancio como por su afición a la bebida, le había rogado insistentemente a Li Kin que ambos se quedaran un rato más en aquella taberna de paredes de adobe, pues el gordo cantonés que la regentaba almacenaba en ella unas cuantas cajas de licor que intentaba hacer pasar por whisky escocés.

—Quizá Sloan y los demás necesiten que les echemos una mano —murmuró Li Kin. Parecía cansado, pues sus delicados ojos se esforzaban en seguir abiertos tras los gruesos cristales de sus gafas—. Deberíamos marcharnos.

—Sólo un rato más —asintió Nelson—. Se bastan y sobran para sacar la mercancía del arsenal del viejo Yu por sí solos, sin que tengamos que ayudarlos.

Inclinó la botella de base cuadrada y observó con mirada ausente aquellas pocas mesas desvencijadas, cuyas grotescas sombras oscilaban al ritmo del parpadeo de la lámpara de aceite sobre las semiderruidas paredes de adobe.

¿Por qué no conseguía quitarse de la cabeza la insólita experiencia sufrida? Un sueño plagado de voces extrañas, frías y amenazantes que hablaban dentro de su mente, el sonido de grandes alas en medio de la noche... ¿Qué sentido tenía todo aquello, por qué le preocupaba tanto?

—Hay algo raro y siniestro en el tal Shan Kar —murmuró, como hablando consigo mismo.

Li Kin asintió con la cabeza como para darle la razón.

—Sí, algo muy raro, pues hoy mismo he recordado lo de L'Lan.

Nelson le miró con aire ausente.

—¿L'Lan? Claro, así se llama el valle en medio de las montañas donde vive ese tipo. Estaba distraído.

—He estado pensando mucho en él —afirmó el pequeño oficial chino, apoyando los codos encima de la rústica mesa—. Dime, capitán Nelson, tú que llevas mucho tiempo en China, ¿has oído mencionar ese nombre alguna vez?

—No, nunca... —comenzó a decir Nelson, para luego enmudecer de repente.

Acababa de recordar algo.

¡El valle mágico de L'Lan! ¡Hace tiempo, mucho tiempo, en L'Lan nacieron el yang y el yin... la vida y la muerte, el bien y el mal, la alegría y la pena!

Después de aquellos siete años de guerras constantes, Nelson acababa de recuperar de las brumas de la memoria lo que el vidente ciego le había contado en trance después de que le salvara, en Shansi, de los soldados del Joven Mariscal^[9].

¡Aún existe, aún existe L'Lan, la dorada, oculta en el interior de las montañas que la protegen! ¡Aún existe en L'Lan la antigua Hermandad, porque aquel corazón del mundo, ahora escondido, fue el Valle de la Creación!

—Ahora recuerdo la leyenda —admitió Nelson—. Una variante del mito del Paraíso Terrenal, que lo sitúa en Asia Central.